

ilustre varón, elevando fervientes plegarias al Todopoderoso por su alma, descubriendo respetuosos su cabeza ante sus estatuas, dando así ante la faz del mundo una prueba más de su catolicidad y gratitud. (1)

XLII.

Los Cirineos de mi pueblo.

Cayó el Verbo en la arena desagrado
Y quedose un instante sin aliento,
Pálido, sin color, sin movimiento
Como la flor que desojó el arado.

MANUEL CARPIO.

NO cabe duda que las escenas de la niñez son las que quedan más grabadas en la imaginación; algunas quizá destinadas á traernos en nuestra vejez ratos de consuelo al evocarlas entre los amigos de la época, ó tal vez rodeados de nuestros hijos que, pendientes de nuestros labios, nos escuchan con interés, tratándose de aquellas costumbres desgraciadamente no alcanzadas por ellos.

En mi pueblo, como en la generalidad de las ciudades y villorrios, se tenía la piadosa costumbre de representar al natural todos los pasos de la pasión.

(1) Acertado anduvo nuestro buen amigo y poeta queretano el Pbro. D. J. Guadalupe Velázquez, al decir en uno de los dísticos que adornan la pira que anualmente se pone en la Catedral para celebrar las honras del Sr. Marques:

¡Señor! á quien nos dió la fuente pura
Llévadle presto á la celeste altura.

La Parroquia era á cargo de los Franciscanos, así como su convento; y siempre procuraron hacer dichas ceremonias lo más natural posible.

En la época de las revoluciones en la cual el partido liberal consumó la obra de demolición de los bienes eclesiásticos emprendida por Juárez, en un día que saquearon las fuerzas de este partido el convento, fué sacado de su escondite el antiguo Cirineo de madera que había para estas ceremonias y colocado con vestido de *blusa*, como se le llamaba á esa fuerza, como centinela en la portería del convento (que habían convertido, como todos, en cuartel), con objeto de hacerles una mala pasada á sus contrarios, que sabían que pronto habrían de tomar dicha población por ser superiores en número, por lo que estos huyeron, dejando por toda guarnición en la noche que salieron al Cirineo.

En efecto, á la madrugada que llegaron los contrarios, sabedores que *los blusos* habían huido, penetraron al convento; pero al encontrarse con el centinela se retiraron para dar un asalto en forma, temerosos que se tratara de una emboscada.

Se ordenó á un pelotón de valientes para que penetrara por la puerta á bayoneta calada, lo cual fué ejecutado inmediatamente, embistiendo al pobre Cirineo.

No obstante este desengaño, penetraron al convento, y ¿cuál sería su despecho al encontrárselo completamente solo é indefenso?

Convencidos de la mala pasada de sus contrarios, volvieron sobre el pobre Cirineo, al que hicieron pedazos y colocaron su cabeza en una pica,

paseándola por los claustros en medio de risotadas acompañadas de interjecciones, después la llevaron ante el coronel, quien ordenó la colocaran sobre la tasa superior de la fuente.

Pero á este no es á quien se refiere el primer periodo de mi narración, sino á su sustituto.

Volvieron á calmar los tiempos; y aunque con menos libertad y sólo debido á la tolerancia del Alcalde, se volvieron á organizar las procesiones por el Sr. Cura; pues la Comunidad quedó dispersa.

Pero encontróse con una dificultad, y era la falta que hacía el Cirineo; pues sólo su cabeza toda despostillada permanecía entre los gigantes medio destruidos y vacíos de la antigua biblioteca.

Por fin resolvióse que un mozo colado del convento lo sustituyese, el cual prestóse de fina voluntad.

Todos los jueves de la Semana Mayor comulgaba este para prepararse, como él decía, á ayudar al Señor.

Todavía me parece estarlo viendo con su turbante blanco, chaqueta de piel corta, calzón rojo hasta la rodilla, su media blanca y zapatilla, con un lienzo blanco que bajando del hombro izquierdo atravesaba el pecho y pasando bajo del brazo derecho formaba nudo por la espalda.

Representaba su papel á la perfección, realzándolo mas su tipo sesentón y bronceado.

Desde que salía la procesión á las diez de la mañana hasta las dos de la tarde que entraba, era recibir el ardiente sol sin un momento de refrigerio.

En cada caída era aquello un cuadro conmovedor; pues el Cirineo, que en toda la travesía permanecía sin inmutarse, cayendo el Señor, en cuyo acto levantaba en alto las manos, derramaban sus ojos copiosas lágrimas sin podérselas limpiar, á tiempo que de entre la multitud que rodeaba las andas, salía un grupo de ángeles, los cuales tomando al Señor procuraban levantarlo.

Cesaba un momento el sermón, y otro coro de ángeles cantaba unos versos tiernos de circunstancias.

Al llegar aquí, el Cirineo como chiquillo lloraba á lágrima viva, sin darle un bledo el sinúmero de miradas de quienes era el blanco.

Al entrar la procesión ya iba materialmente cubierto de sudor y sus mejillas tiasas por las lágrimas que el sol enjugaba con sus ardientes rayos.

Después cuando era interrogado por mí si estaba satisfecho de su pesado cometido, me contestaba lleno de animación: "Siento una cosa tan dulce cuando caé el Señor, que no sé explicarla, y solo allí le abro mi corazón y le expongo todas mis penas, recibiendo mucho consuelo y esperanza."

Dichoso él si supo aprovechar esas ocasiones que Dios no á todos concede.

XLIII.

El Viérnes de Dolores.

¿Cómo es, Hija de Abraham, que ver pudiste
 Los furiosos de escenas tan tremendas?
 ¿Cómo al tomar la tempestad horrenda
 Sin desmayar tu corazón resiste?

MANUEL CARPIO.

QUIEN no haya visitado esta ciudad en el día tan lleno de emociones para el creyente, es decir el Viérnes de Dolores, no puede dar fé, sin duda, de la catolicidad de los queretanos.

Todavía se humedecen mis ojos recordando los felices tiempos en que los autores de mis días llevábanme de la mano anualmente, la noche del citado día á visitar los altares, encontrando apenas alguna cuadra donde no hubiese uno siquiera.

Desde las oraciones de la noche hasta las diez y once, se veían las calles llenas de transeuntes, que ya por las ventanas abiertas ó ya penetrando al interior, contemplaban el cuadro más terrible pero más consolador del cristiano; esto es: la más tierna de las Madres acrisolada por el dolor, al pié del infamante madero, pendiente del cual la Suma bondad, el Dios hécho hombre, agonizaba por salvar al mundo, sobre las macilentas rocas del Calvario.

Desde el acaudalado hasta el pobre artesano, cifraban su empeño en recordar este día los cruentos dolores de Aquella mártir de los mártires, de la manera que estaba á su alcance. El capitalista

adornando sus altares con ricas gazas y elegantes artonados y colgaduras y el pobre con lienzos de poco valor y macetas de plantas vulgares. Siendo sin embargo, uno mismo el espíritu, Ella, no dudamos, recibiría ambos obsequios.

Recordamos aún el altar que se hacía en la casa del hoy Canónigo D. J. Francisco Figueroa, á la vez que elegante, lleno de religiosidad. Era tanta la aglomeración de visitantes, que desde el pátio era una masa compacta hasta la pared del costado del templo de la Congregación.

Todas las imágenes y estatuas eran de tamaño natural así como el monte Calvario. Ricas arañas, hermosas perspectivas al fondo con una luz tenue y macilenta, parodiando la que difundiera sobre el Gólgota el eclipsado sol de la ciudad deicida.

Los Señores y Señoras que recibían las visitas, con trajes de riguroso luto; y el teclado apagado de un piano tocado tristemente con maestra mano, completaban aquel hermoso cuadro.

No menos serios y elegantes eran los que se hacían en casa del finado amigo nuestro D. Prisciliano Ruiz, y en casa de los Señores Vázquez y otros muchos que con más ó menos elegancia y naturalidad representaban la misma religiosa escena.

En los altares de segundo orden, había música de cuerda y se obsequiaba á los visitantes conocidos con un ligero refresco de horchatas, preparadas de varios modos.

Regularmente se adornaban los altares con macetas colgantes de caprichosa figura, cubiertas de vistosos vegetales, como chíá, linaza, lenteja y

otras, y la elegancia se hacía consistir en el tapete al pie del altar; pues se formaba con hojas de variadas flores sobre verde fondo artísticamente colocadas, dibujando figuras caprichosas matizadas de colores.

En los altares de la alta clase, ardía la esperma y estearina; en los de segundo orden, cera adornada con banderolas pequeñas de oro y plata voladora y los globos de banderitas de este metal que colgaban del techo daban realce al hermoso y poético conjunto.

A nuestro paso encontrábamos algunos que tal vez por sus circunstancias se reducían á media docena de velas de poco valor y un cuadro en lienzo ó vidrio con la Imagen de Dolores, á cuyo pié veíanse algunos sembrados de trigo. Eso era todo. Y sin embargo de aquella pobreza, también estos tenían visitantes.

Tal era en aquellos tiempos la conmemoración de los Dolores de María, la noche del día para ello señalado por la Iglesia, en nuestra católica ciudad.

Hoy, lejos de nuestro suelo patrio muchos años ha, no tenemos ni aún noticia de la conservación de tan religiosa costumbre. Pluguiese al cielo que la juventud actual no haya convertido esta religiosa costumbre en diversión y holgura como el Rosario de Navidad y otras que causa tristeza repetir.

XLIV.

Por Dios y por la Patria.

Laudans invocabo Dominum,
et ab inimicis meis salvus ero.

DAVID.

EVOQUEMOS una vez más los sucesos memorables del famoso sitio. Recuerdos gloriosos para nosotros, por las grandes proezas de valor con que mis compatriotas defendieron palmo á palmo esta ciudad á pesar de su reducido número.

Estamos en los momentos en que ambos contendientes están sobre las armas, esperando sólo la señal de arrojarse á la lucha. Es el memorable 14 de Marzo de 1867.

Rómpanse por fin los fuegos, dada la señal de los republicanos, quienes simultáneamente se arrojan sobre los puntos dominantes de la ciudad, con objeto de romper la línea de imperialistas y penetrar en aquella.

Las columnas republicanas al mando del Gral. Florencio Antillón, cargan sobre el Cerro de San Gregorio defendido por el de igual clase D. Severo del Castillo. Se apoderan del cerro y descenden sobre el barrio de la otra banda, haciendo replegar á los imperialistas hasta la línea del río; y aunque más tarde volvieron estos á recobrar dicho punto, sólo cito esta jornada, por ser el teatro de los sucesos de la presente leyenda.

A la sazón que los republicanos se apoderaban del barrio de San Sebastián, la gente huía á bandadas en medio del fuego para el interior de la ciudad.

Penetraron al templo los enemigos, y el Sr. Cura de esta Parroquia Pbro. D. José Guadalupe Jaime estando fuera del curato, no pudo extraer el sagrado depósito existente en el Sagrario, por lo cual violentamente avisa al Sr. Vicario Capitular quien sin pérdida de tiempo oficia al emperador, que en aquellos momentos se encontraba en la Cruz con sus generales.

En la plazuela del citado convento y frente á la puerta del cuartel general, paseaba á pié el emperador, consultando algunas disposiciones estratégicas con Miramón y Márquez, á tiempo que llegaba más que corriendo, volando, el portador del oficio del Sr. Vicario Capitular, quien puso en manos del monarca los cerrados pliegos.

Abrir los pliegos, dar un paso atrás y llevar la mano á su frente lleno de sobresalto y pena, todo fué uno en la persona del Archiduque. Se le suplicaba nada menos que la extradición del sagrado depósito caído en manos de la soldadesca enemiga.

Después de vacilar unos momentos, dijo "Necesito una prueba más de valor y salvar esas sagradas reliquias."

Márquez y Miramón, ofuscados sus cerebros quizá por las circunstancias del momento, y más que todo, por el plan estratégico que se trataba de resolver sobre la defensa de la ciudad, sólo se dirigieron una mirada de incertidumbre acerca de las palabras del Soberano sin contestar una palabra;

pero el Coronel Manuel López (1) (antiguo militar de Mejía, y tan atrevido, católico y valiente como su general) que cerca estaba, se acercó al Soberano ofreciéndose á sus ordenes.

Maximiliano, quizá dudando de su arrojo, le manifestó lo apretado del caso; mas no bien hubo oído López tal desgracia, recordó que era militar, queretano, subalterno del valiente Mejía, originario y vecino del barrio de San Sebastián, y sobre todo, católico hasta la médula de los huesos, é inmediatamente ofreció á su Soberano ir á rescatar el sagrado Depósito. Preguntóle el emperador qué necesitaba para tal empresa, á lo cual contestó lleno de satisfacción: "Nada, mi Soberano; bástanme mi fé y mi espada:" y haciendo un saludo militar con ella, retiróse violentamente á realizar su santa empresa.

El emperador dispuso, no obstante, que fuese con él un asistente por lo que ocurriese.

Pasó por la casa del Sr. Vicario Capitular, Pbro. D. Manuel Soria y Beña, quien después de bendecir su arrojo, le dió las instrucciones del caso, según la liturgia eclesiástica.

El Coronel Manuel López con nuevos bríos salió de aquella casa y atravesando las principales calles en vertiginosa carrera, llegó á los muros de la huerta del templo, lleno de recuerdos dulces para él, por haber pasado allí los felices días de la infancia. Sabedor más que nadie de las encrucijadas y escondites de aquel santo recinto, brinca las tapias y penetra hasta la sacristía, la cual encuentra lle-

(1) No debe confundirsele con Miguel López de infausta memoria.

na de soldaderas que á porfía abrían las cajoneras disputándose los ornamentos sacerdotales. Entonces oyendo la algazara de los soldados que en el interior de la iglesia vociferaban, y lleno de ardiente celo religioso cuanto militar, empuña su pistola y sale al presbiterio gritando: "Compañeros, á las armas; el enemigo al frente," lo cual oído por los republicanos, salieron en tropel para afuera á tomar las alturas del templo.

Entretanto nuestro valiente coronel hace una genuflexión al pie del sagrario, y con un almaizal que tomó de la sacristía sacó el copón con las sagradas formas, que aun no habían sido profanadas, y rápidamente volvió á salir por la huerta.

Mas al atravesar el trayecto que hay entre la casa cural y la barda limítrofe de la huerta, fué descubierto por los republicanos que en las azoteas y torres estaban, y en medio de nutrido tiroteo brincó ileso las tapias, en unión de su asistente.

Al descender de la tapia se le había cortado ya el paso por dos tiradores posesionados de los ángulos de la huerta, visto lo cual por su asistente, hizo fuego sobre el primero dejándolo muerto y á renglón seguido sobre el de la izquierda, quien á su vez también cayó.

Esta acción del asistente, no obstante ser oportuna, le fué reconvenida por el Coronel, viéndola como falta de respeto al Soberano de los soberanos que él indignamente portaba apretado con ambas manos contra su pecho.

Entretanto el tiroteo de la torre seguía, sin molestar en lo absoluto á nuestro valiente, quien siguió su vertiginosa carrera, rezando sus fervien-

tes plegarias, y recordando tal vez aquellas palabras elocuentes: «Y mis enemigos nada podrán contra mí por que tú, Señor, estás conmigo.»

Al llegar á la línea de los nuestros y al pasar por el puente, los que se dieron cuenta de ello le hicieron los honores militares, y ya con paso tranquilo llevándolo á su lado al asistente con su fusil en actitud de acompañar á su Soberano, atravesó la ciudad hasta llegar á las puertas de Catedral en donde procesionalmente y arreglado á la liturgia le fué recibida su preciosa carga, poniéndola en su propio y digno lugar.

De esta manera terminó la arrojada cuanto católica empresa, loor y honra del valiente Coronel López y de mi querida Patria.

Sirva esto de guía á nuestros militares, no olvidando que su lema ha de ser ante todo: *Per Dios y por la Patria.*

 XLV.

 La Corregidora.

A la España debemos, cristianismo
 A Las-Casas, bondad benevolencia
 A Colón, olvidar el salvagismo
 Y á la Corregidora, independencia.

B IEN sabido es que en esta ciudad nació la primera idea de la Independencia, favorecida después por el Virrey Iturrigaray, quien es seguro que la habría consumado sino hubiera sido sorprendido en su cama la noche del 14 de Septiembre de 1808 por